

GALVAN



PEDRO MUÑOZ SECA

¡USTED ES ORTIZ!

CARICATURA SUPERREALISTA EN TRES ACTOS

50 CÉNTIMOS

Astracanada, en tres actos, que critica ácidamente la hipocresía de una familia muy adinerada, con personajes muy característicos y el humor típico de Muñoz Seca y su hábil utilización del lenguaje.

ACTO PRIMERO

Un gran salón en el castillo de Ortíz de Crochiao, vetusta mansión, casi feudal, situada en las cercanías de Valtablado de Beteta, pueblecito de la provincia de Cuenca.

Hay en este salón una monumental y artística chimenea en el ángulo de la derecha, un balcón en el foro, dos puertas en el lateral izquierda y otra, la de entrada, en la derecha, primer término. Los muebles, magníficos, han conocido la florida época del renacimiento y los tapices y las alfombras y cuanto hay en la estancia, y habrá mucho y bueno, ostenta la pátina de los siglos. Hay una vitrina con abanicos y objetos de arte y dos cuadros del siglo diez y seis, escuela italiana, ricamente enmarcados. Son las once y media de la noche del día 31 de diciembre de 1926. Una mala noche porque unas veces llueve y truena y otras nieva y ventea furiosamente.

Al levantarse el telón la escena está a oscuras. Se escucha el zumbido del viento. Por la cristalera del balcón penetra la viva luz de un relámpago. Un trueno y en seguida se oye dentro la voz de Juan Cerro.

JUAN:

(Dentro.) ¡Ensienda usté, mardita sea er bicarbonato!

EVERILDA:

(Dentro.) ¡Espere usted, cristiano!... (Entra Everilda en escena por la puerta de la derecha y da vueltas a una llave de luz que hay cercana. Golpe a golpe se van encendiendo las bombillas de una gran araña que pende del centro del artesonado. Queda la escena intensamente alumbrada. Everilda, ama de llaves de la familia Ortiz, mujer de cincuenta años, trae dos saquitos de mano y viene muy abrigada, porque acaba de hacer un viaje en automóvil con Juan Cerro, especie de mayordomo, y con Eulogia, cocinera de la casa, mujer joven y algo asustadiza.)

EULOGIA:

(Entrando con una cesta, en la que se supone que hay viandas y cacharros.) ¡Jesús qué noche!

JUAN:

(Entrando con dos maletas, que no suelta, y con un abrigo que le está grande.) ¡¡¡Mardita sea el invierno, y la lluvia, y la nieve, y la provincia de Madrí, y la de Cuenca, y la hora en que yo salí de Puerto Reá, que aquel día debieron abrírseme a mí las diez yemas de los diez deos de los pies!!!

EVERILDA:

Cuando acabe usted de desahogarse ponga aquí las dos maletas.

JUAN:

(Que, como se habrá visto, es uno de esos andaluces renegantes que maldicen con los dientes apretados para que las palabras tarden más en salir y la maldición sea más larga.) ¿De desahogarme? ¡Vamos, señora!... Pa resoplá yo to lo quemao que estoy necesito dos meses. (Dejando las maletas en el sitio que indicó Everilda y estirando los brazos.) ¡Mardita sean las hipotenusas de los triángulos! ¿Pero me quieren ustedede desí a que venimos aquí el 31 de Disiembre

y con el tiempesito que hase, que mardita sea la nieve y el primero que hiso horchatas en el mundo?

EULOGIA:

(*Cerrando la puerta de le derecha pegando tiritones.*) ¡Entra un aire más frío!...

EVERILDA:

Ahora subirán leña para encender esta chimenea.

EULOGIA:

Yo creo que a la señorita le falta un tornillo.

JUAN:

Un tornillo, la tuerca y la redondelita esa que le ponen pa apretá bien. Hay que ve er caprichito de vení a come las uvas a este castillo. ¡Permita Dió que se atragante!

EVERILDA:

¿Pero qué uvas ni qué rábanos, hombre de Dios? ¿Cree usted que venimos aquí de monsergas? ¿No se acuerda usted de que hace hoy dos años que murió en este castillo D. Potentino Ortiz, el marido de la señora?

JUAN:

¡Mardita sea mi cara, que es verdá!

EULOGIA:

(*Escamada.*) ¿Murió aquí?...

JUAN:

Y en este sillón. (*Eulogia se separa del sillón.*) Parece que lo estoy viendo. ¡Tan ético y tan simpático! Claro, la viuda querrá haserle mañana temprano algún funerá y querrá que asistan a él alguna de las personas que estábamos aquí cuando "caeció" el fallecimiento.

EULOGIA:

A mí me encargó que trajera desayuno como para diez.

JUAN:

Pos diez vamos a sé. Mi número. ¡Me...!

EVERILDA:

¿Va usted a empezar de nuevo?

JUAN:

Señora, si no estoy aquí a gusto y tengo mis razones. A mí toas estas casas antiguas con yedra y lagartijas por fuera y arañas gordas y murciélagos por dentro, me... me... (*Un relámpago.*) ¡Me caigo en la lertridadá y en los "reóforos" de los polos negativos!

EULOGIA:

¡Por Dios, Juan Cerro!

JUAN:

Señora, si estoy ya de relámpagos que me salen los ampéres y los kilowatios elétricos por los glóbulos de las orejas. ¡Josú, qué tiempesito!... Además, que yo sé que en este castillo suseden unas cosas muy raras y...

EULOGIA:

¡Ay, no me asuste usted!... ¿Es verdad eso, Everilda?

EVERILDA:

Por lo menos la noche que murió el señor...

JUAN:

No me recuerde usted aquella noche, Everilda, que me se ponen los pelos como garrochas. ¡También había un tormentaso!... ¡Josú! ¡Lo de veces que s'apagaron las luses!

EVERILDA:

¡Qué susto!

JUAN:

Cayó un rayo en la capilla y... ¡qué cosa tan rara! La grieta que dejó en la paré tenía justo, justo el perfí der muribundo. (*Tiembla Eulogia.*) Allí está que puede verse.

EULOGIA:

¿Es de veras, Everilda?

EVERILDA:

Sí, hija mía, sí. Y lo del espejo fué mucho peor. Al mismo tiempo que D. Potentino dejaba de existir, se cayó un espejo que había en ese testero...

JUAN:

(*Con asco.*) Eso no lo sabía yo.

EVERILDA:

Se hizo trizas...

JUAN:

(*Haciendo con los dedos "lagarto, lagarto".*) ¡Mire usted qué guaza!

EVERILDA:

Y el pedazo que quedó pegado al marco era también exacta, exacta, la cara del señorito. Un dibujante no lo hubiera recortado mejor. En ese mueble lo tiene guardado la señora.

JUAN:

(*Separándose del mueble.*) ¡Qué malísima pata tiene eso!

EVERILDA:

Además, todos vimos el alma del señor.

EULOGIA:

(*Asustadísima.*) ¡Ay, Everilda!

JUAN:

(*Idem.*) ¿En el espejo?

EVERILDA:

No, hombre. Es que en aquel momento hubo un apagón a resultas de un trueno muy grande, y vimos cómo se abría esa puerta y aparecía una luz... (*Suena un trueno y queda la escena a oscuras.*)

EULOGIA:

¡¡Ay!!

EVERILDA:

¡Jesús!

JUAN:

¡Chavó!

EULOGIA:

¡Dios mío!... (*Tiemblan.*)

EVERILDA:

Uúúúuna cerilla...

JUAN:

Dóóóónde tengo yo er mecherito... (*Saca un mechero e intenta encenderlo infructuosamente.*) ¡Mardita sea er tango-lío y er petrolio y er monopolio!... (*Los tres ahogan un grito al ver que se abre la puerta de la derecha y asoma una luz.*)

CASADO:

(*Hombre del pueblo con un farol, y un poco de leña fina.*) Aquí estoy yo con la leña. Con la venia de tós. Buenas noches otra vez y mandarme.

JUAN:

(¡Te daba yo a ti una de leña, mardita sea san serení der monte y su padre!...)

CASADO:

Segundo apagón que tenemos esta noche. No sé qué pasará. (*Manipula en la chimenea.*)

JUAN:

¿Qué quiere usted que pase, hombre? Que con los truenos "tripitan" los cables, "recurpete" en la "dignamo", allá, aonde sarta el agua de los sartos, se carcujan las "tumbinas" y las bombinas se descargan.

CASADO:

¿Es usted ingeniero?

JUAN:

No hace farta sé ingeniero pa sabé eso que es "lementá".

CASADO:

Encenderé aquí, con el permiso, usted lo tiene y manda. Está tó dispuesto. No hay más que arrimal las verutas y ya está. (*Se dispone a encender.*)

JUAN:

¡Verutas! ¡Esta gente que no sabe ni hablá!... (*A Everinda.*)
¿Quién es?

EVERILDA:

Es Casado.

JUAN:

Le pregunto a usted que quién es.

EVERILDA:

Casado, hombre: el alguacil de Valtablado de Beteta, que es el que tiene las llaves de la casa y el encargado de cui-

dar el parque...

JUAN:

Pues este Casado es un tío ca...mueso que nos ha dao un susto que a mí se m'ha quedao la ropa grande. (*Nuevo relámpago, seguido de un trueno lejano.*)

CASADO:

¡Mala velá!... Y con la famita que tiene este castillo cuando soplan los "lucaranes". (*Enciende la chimenea.*) Yo me he determinao a entral porque estabais ustés, que si no, iba o entral aquí el "Pronuncio" de Su Santidá.

JUAN:

(¡Qué bruto!)

CASADO:

Ni que me dieran tó el oro del Pontosí... Yo sé que este castillo tiene eso que le dicen "jeta", y yo con la jeta no quiero gromas. Por eso está tó unas miajas descuidiao. Dende que murió, ya va pa seis meses, la Geroneja, que era la encarga del cudio... En esa butaca murió; ¡Dios la haya perdonao!, de salú sirva, amén. (*Juan y Eulogia, se separan de la butaca.*) La pobrecilla en vísperas de casarse...

EVERILDA:

(*Extrañada.*) ¿Eh? ¿Pero iba a casarse?...

CASADO:

Con uno de ahí, de Cuenca. Muy simpático que era el "cuencuense". Toas las noches venía a acompañala, porque a ella le daba mucho miedo el estal aquí sola de noche, sobre tó a estas horas; de once a una, que es cuando se ven las apariciones.

EULOGIA:

(*Temblando.*) ¡Ay, Everilda!...

CASADO:

Ella consultó a la señora, la señora le dio el "cosentimiento" y mire usted qué sombra...

EULOGIA:

¡Ay!...

JUAN:

¡Dónde!

CASADO:

Quiero decir, que mire usted qué mala pala; mientras que él se fué a arreglar los papeles, cogió ella la gripe y... al callejón los toreros. ¡Lástima de mujé! Ya lo sentiría la señora, ya. Porque la señora no tenía secretos pa ella, y si la dejó aquí fué, según decían, por cosas de los espíritus, que vaya usted a saber. ¡El susto que yo pasé el día que le dieron tierra! Estábamos aquí, asina, como ahora, cuasi a oscuras, y de pronto vino una luz... *(Se enciende súbitamente la luz. Juan, Everilda y Eulogia ahogan un grito de espanto y quedan luego tranquilos.)* ¡Menos mal! Ya tenemos la luz otra vez.

JUAN:

Mardita sean los corales de la má, que hasta sarpullío tengo ya de tantísimo susto. ¡Haga usted er favó de callarse, hombre!

EULOGIA:

(Temblando.) ¿Y es verdad que de once a una hay apariciones?

CASADO:

Sí, señora. Y ahora más, porque ahora dicen que se aparece también el difunto don Potentino. Pero, vamos, el que aquí se ha apareció siempre, que yo lo he visto, ha sido un

fraile: Fray Pompilio, uno que, según las romanzas, robó a una castellana, allá en los "lino tiempore", cuando había castellanaz. Porque este castillo es mis antiguo que el comé.

JUAN:

¡Ya lo creo; eso lo sabe tó er mundo! Allí, a la entrada, hay una lápida en el "pértigo" con una "suscripción", de un año, que ya ven ustedes si sería antiguo el año, que toavía no se habían inventan los número: allí se pué lee: año equis, ele, eme, y qué sé yo. ¡De los tiempos de Sopcionio Pilato! Porque este castillo fué de los "ebéricos", cuando los cantagineses. Aluego, cuando la invasión "sarasena" de los árabes, lo conquistó un "gemir" muy valiente que era Arderramán de Córdoba y que se llamaba "Arcanfó", y a este Arcanfó se lo conquistó un antipasao de mi amo que se llamaba don Gaitero de la Serda.

CASADO:

(*Boquiabierto.*) ¡Lo que sabe usted!

JUAN:

(*Muy satisfecho.*) Hombre, oigo hablá y mi amo, que es un hombre de un "saber foire" muy grandísimo; viajo por ahí con él y aunque uno no quiera, siempre se le pega a uno alguna cosa. (*Suena dentro un claxon.*)

EVERILDA:

Un automóvil.

EULOGIA:

¿Será la señora?

EVERILDA:

Abra usted, Casado.

CASADO:

Abriré y dejaré abierto, porque yo me tengo que ir. A las doce hay misa de fin de año en la iglesia del pueblo, y yo tengo que ayudarla. Mañana vendré a prima hora, por si hace falta alguna cosa. Buenas noches nos dé Dios.

EVERILDA:

Buenas noches. Casado.

EULOGIA:

Buenas noches.

JUAN:

Adiós, hombre. *(Se va Casado por le derecha, llevándose el farol.)*

EVERILDA:

Lleve usted todas esas cosas a la cocina, Eulogia.

EULOGIA:

(Miedosísima.) Yo no sé dónde está la cocina, ni yo voy sola a la cocina, aunque esté ahí al lado. Eso de las apariciones me... me...

JUAN:

Pero, mujer, ¿va usted a hasé caso de ese infielí? ¡Qué apariciones ni qué tonterías! ¡Ese Casado es tonto! Ya vé usted si será tonto que es Casado desde que nació.

EVERILDA:

Acompáñela usted, Juan.

JUAN:

¿Yo? ¿Pero es que voy yo a sé carabina de cosineras? Vaya usted con ella, que es su obligación de usted, y ya está.

EVERILDA:

(*Muy contrariada.*) Venga usted por aquí. Iré encendiendo...

EULOGIA:

¡Ay, sí! Yo en esta casa y a oscuras, ni a coger monedas de cinco duros.

EVERILDA:

(*Haciendo mutis por la primera puerta de la izquierda.*) Sígame usted. (Vase.)

EULOGIA:

(*Haciendo mutis tras ella, llevándose la cesta de las viandas, que le suenan, de lo temblorosa que va.*) ¡Dios quiera que a mí no me dé algo!... (*Mutis.*)

JUAN:

(*Escamado.*) Tampoco me hace a mí ninguna gracia el quedarme aquí solo. (*Se dirige a la puerta de la derecha y grita hacia el lateral.*) ¡Aquí hay lumbre!... ¡Asuca!... ¡Doña Valentina Selama y el asaura de su niño!

VALENTINA:

(*Señora de buen ver y muy elegante, entrando por la derecha con Amilcar, su hijo, pollo de veinte años, absolutamente aperado y Chanchullado.*) ¡Por Dios, Amilcar!... ¡Si pareces tonto! Buenas noches. Juan Cerro.

JUAN:

Buenas noches, doña Valentina y la compañía.

AMILCAR:

(*Soplándose los dedos de la mano derecha, abrigándose los en el sobaco contrario y haciendo todo género de contracciones y aspavientos de dolor.*) ¡Uf!... ¡Uf!...

JUAN:

¿Qué le ha pasao al señorito Amilcar?

VALENTINA:

Que se ha cogido los dedos con la portezuela del Citroen.
¿A ver hombre? ¿Ha sido en las yemas?

AMILCAR:

¡En las yemas! ¡Uf!

VALENTINA:

¡No te las chupes!

JUAN:

¿Pero cómo ha sido?

VALENTINA:

De la manera más tonta. Al bajar del coche me preguntó que cómo se llamaba ese convento que hay ahí cerca; yo le dije que San Leandro, y en ese momento cerré distraída y le cogí las yemas. Anda, anda, ponte ahí alguna cosa. ¿Hay alguien en la cocina?

JUAN:

El ama de llaves y la cocinera.

VALENTINA:

Ve y que te apliquen algo que te alivie el dolor. Un poco de alcohol o un poco de vinagre... Anda, ya conoces el camino.

AMILCAR:

¡Uf!... ¡Si no fuera usted mi madre; malhaya sea toda mi familia!...

VALENTINA:

¡Amílcar!...

AMILCAR: